

## Félix Schwartzmann: «Historia del universo y conciencia» (Universidad Arcis / LOM, 2000)

Nueces y no ruidos hay en cada uno de los indispensables libros de este Premio Nacional de Humanidades 1993. Desde *El Sentimiento de lo humano en América* (1950) hasta la más reciente de sus obras, no ha cejado de ahondar en el destino de nuestra especie y en las sorprendentes relaciones que analogan, en más de un aspecto, al microcosmos representado por el ser humano con el macrocosmos que es el universo.

¿Es necesario decir que su obra de excepción ha gozado escasamente de mirada atenta entre sus pares: filósofos y científicos, principalmente? Con las excepciones de Luis Oyarzún, Jorge Estrella, Margarita Schultz y de algún otro lector competente, los enjundiosos libros de Félix Schwartzmann son preferidos, entre nosotros.

Padecemos de actualismo cultural; se simplismo. No cautivan la atención gesticuladores y estrépitos. Desde luego, no son éstos motivos de honra. Entre *Tartufo* y *Las preciosas ridículas* - ambos títulos de Moliere - se nos van las horas. Peor aún: damos la hora. Pero el hecho es indismisible: se prefiere lo deshilachado a lo contundente; la obvedad zafia a la cavilación generosa de la conciencia. El pensar desarraigado y exhibicionista de legiones de «intelectuales» no suele manifestar empacho alguno si quiere congeniar con el espíritu de batucada que cruza el menguado espíritu de nuestro tiempo. Antónimo de tamañas demasuras, Félix Schwartzmann es un filósofo de fuste. Expone un pensamiento personal en dos planos fundamentales. Es el pri-

mero, su capacidad de verter en una línea de intuición y de reflexión, los aportes de las ciencias: física, astrofísica, biología, y las expresiones artísticas más diversas. Sorprende convergencias de ellas, lo mismo que de la tradición filosófica y los principios de sabiduría que ennoblecen a la humanidad. En segundo lugar, resalta aperturas de nuevas posibilidades reflexivas e intuitivas, junto a ricas percepciones, ideas y sospechas de ver lo vivo que acuden a iluminar la experiencia de autoconocimiento e interioridad humana, sin que falten en ella nuevas conjeturas y virtualidades que se expanden en las exámenes a que somete los pliegues de lo real.

Imposible sintetizar aquí las numerosas direcciones de sus libros, y particularmente de esta obra. Baste decir, en esta ocasión, que al autor le son familiares la poesía y el rigor científico, extrayendo del encuentro de esos polos las chispas suficientes para iluminar las noches de una conciencia que urge expandirse para volver a habitar la casa de su propia inquietud.

Visión de vívida cultura universal y vocación de ahondar en el misterio humano regala generosamente esta obra mayor. Como en textos suyos anteriores, el autor expone un hecho, alguna circunstancia del devenir de la ciencia, prepara con ello el camino que lleva hasta la unión o la coincidencia de intuiciones provenientes de épocas y de nombres tan diversos como pudieran ser: Lucrecio y Einstein, Epicuro y Heisenberg, Homero y Schramm, Metrodoro, Lévy-Leblond, sin que fal-

ten a la cita nombres como Dostoiewsky, Goethe, Baudelaire entre muchos más. De pronto, una observación necesaria, algún alcance o la precisión que establece la naturaleza de los hechos, o bien, una virtualidad estimable en que puede abrirse el pensar sobre la realidad y la realidad del pensar, provoca cierto alejamiento del nudo central de la reflexión contrastante y analógica que lleva a cabo. Por eso mismo, la lectura de un libro como *Historia del universo y conciencia* exige apertura de espíritu; vigilia del ver.

Las materias contenidas en este volumen son tan vastas como el periplo que emprende el filósofo a lo largo y a lo ancho de su indagación intelectual. Menciono algunos de sus capítulos: «Un experimento mental en la historia de las ciencias»; «La oscuridad de la noche y el origen del universo»; «Nietzsche, el misterio de Homero y el carácter cósmico de la mirada»; «El mundo griego de lo visible, el misterio de Edipo y las profecía de Nietzsche»; «Platón educador, el platonismo de Heisenberg, de Penrose y de Klein. El problema de los misterios del hombre»; «La poética de lo ilimitado»; «Epicuro, Lucrecio y Einstein»: El atomismo actual, la unificación entre teorías de partículas y cosmología en Lucrecio, Schramm, Schatzmann y Lederman»; «Interludio sobre la interpretación de la ciencia y de la interpretación en la física cuántica»; «De la realidad inalcanzable a la realidad creada y a la soledad del hombre generada por su visión de la naturaleza»; «El enigma de la realidad del universo y del vacío cósmico»; «So-

bre la conciencia, el tiempo y el universo»; «Leyenda de la historia del universo y conciencia».

Conste que el elenco transcripto no es exhaustivo. Hay mucho más. Cada uno de los capítulos es una etapa en esta odisea, sólo que la Itaca del develamiento final que da siempre más allá del alcance del viajero. La Itaca, esta Itaca, corresponde al misterio de laboriosas correspondencias entre la imagen poética en que se anticipa la realidad, o es sobrepasada en sus datos a partir de la imagen con que la intuición concibe lo existente, y el esfuerzo no menos intuitivo de la ciencia moderna que, al fin, se inclina, admirada y abismada, delante del espíritu que la ha precedido, en más de una sospecha, a partir de pensadoras y de poetas que, en su momento, columbraron la finitud y el infinito, lo humano y el cosmos, como realidades que es necesario comprender para ser habitadas.

Y esas formas de conocer y de anticipar no son adjetivas; corresponden a la historia interior que, en el ser humano, tiene a su actor y a su intérprete.

De lo dicho - y mucho más aún de lo silenciado - acerca de esta obra mayor, tal vez pueda extraerse este corolario: dime cómo miras y te diré la naturaleza de cuanto pueda revelarse.

El que un texto como el de Félix Schwartzmann aparezca entre nosotros, constituye un acontecimiento de cultura superior. Eso solo es motivo de regocijo y de dignidad.